

EL TEATRO DE LA REVOLUCIÓN HAITIANA LA REVOLUCIÓN HAITIANA COMO TEATRO¹

J. Michael Dash

*Dept. of French, New York University
michaeldash@nyu.edu*

RESUMEN

La aplicación radical que se hiciera de los derechos humanos universales en la revolución de la antigua colonia francesa de Saint Domingue significó que los ideales de la Ilustración fueron sometidos a su prueba más desafiante en el lugar más inesperado y señaló las impredecibles posibilidades de interacción global en un mundo moderno. Usando las ideas de universalismo revolucionario y el impacto de la modernidad como perspectiva, este ensayo examinará la manera como la imaginación literaria haitiana ha llamado estrechamente la atención sobre modelos etnocéntricos de raza, nación y diferencia en las Américas.

Palabras clave: Ilustración, modernidad, Revolución haitiana.

ABSTRACT

The radical application of universal human rights in the revolution in colonial St. Domingue meant both that the ideals of the Enlightenment would be put to their hardest test in a most unexpected place and signaled the unpredictable possibilities of global interaction in a modern world. Using the ideas of revolutionary universalism and the shock of modernity as a perspective, this essay examines the way in which the Haitian literary imagination has called into question narrowly ethnocentric models of race, nation and difference in the Americas.

¹ Traducido al español por Erwin Lacruz

Key words: Enlightenment, modernity, Haitian revolution.

RÉSUMÉ

L'application radicale des Droits de l'Homme pendant la révolution de l'ancienne colonie française de Saint-Domingue a signifié que les idéaux du Siècle des Lumières ont subi les preuves les plus déifiantes dans le lieu le plus inattendu, et a fait remarquer les possibilités imprévisibles de l'interaction globale dans le monde moderne. En utilisant les idées de l'universalisme révolutionnaire et l'impact de la modernité comme perspective, cet essai examinera comment l'imagination littéraire haïtienne a attiré l'attention sur les modèles ethnocentriques de race, de nation et de différence en Amérique.

Mots clés: Siècle des Lumières, modernité, Révolution haïtienne.

Había llegado el Teatro a la ciudad sin teatros, y como había que hacer teatro, se tomaron las providencias oportunas... Como la plataforma de la guillotina podía servir de buen escenario, la Máquina fue trasladada a un traspatio cercano, quedando en poder de las gallinas que pasaron el sueño a lo alto de los montantes. Las tablas fueron lavadas y cepilladas para que en ellas no quedaran huellas de sangre, y tendiéndose una lona de árboles a árboles, comenzaron los ensayos de una obra preferida a todas las que se tenían en el repertorio, tanto por su universal celebridad como por el contenido de ciertas coplas que habían anunciado el espíritu revolucionario: El Adivino de Aldea de Juan Jacobo...

Alejo Carpentier, El siglo de las luces

Alejo Carpentier, quien estaba obsesionado con la dimensión teatral de la historia, ofrece esta maravillosa metáfora de la revolución como

teatro en esta representación del impacto de la revolución en Guadalupe. Se lava la guillotina para usar su plataforma como escenario para una compañía de teatro francesa que representa una obra de Jean Jacques Rousseau. Esa imagen mágica de la colisión entre la historia y la fantasía, de lo real y lo surrealista, puede ofrecernos una imagen útil para examinar los eventos ocurridos recientemente en Haití. El escenario del bicentenario de la revolución haitiana nos brinda una plataforma trágico-cómica que lleva nuevamente a escena los eventos que condujeron a la declaración de independencia de Haití en 1804. Acaso, ¿no fue uno de los grupos de oposición que más se hacían oír (dirigido por un comerciante del medio oriente), bautizado el grupo de 184 —sólo un cero menos que 1804? ¿No declaró Aristide a su llegada a Bangui: “Han cortado el árbol de la paz, pero volverá a crecer” — repitiendo casi literalmente las palabras de Toussaint Louverture cuando fue secuestrado por el general Leclerc en 1803? ¿No proclamó el Primer Ministro Latortue, en un arranque de fervor Dessaliano, una nueva era para Haití en Gonaives y declaró que la banda de violadores de derechos humanos guiados por Guy Phillippe era un ejército de liberación nacional? ¿Y el para entonces ministro de relaciones exteriores francés Dominique de Villepin, no planeaba revertir la derrota sufrida por Rochambeau al enviar tropas francesas a Haití doscientos años después de haber sido forzadas a retirarse?

Apartémonos de esta escena contemporánea de espectáculo funesto, de este escenario lavado y ocupado por actores oportunistas e imitadores equivocados. En cambio consideremos el significado del evento que C.L.R. James describe en el apéndice de 1962 de su libro *The Black Jacobins* como el momento en el cual *los caribeños se reconocen a sí mismos como un pueblo*: La revolución haitiana (James, 1963: 391). James sigue siendo una de las mejores guías de esta revolución ya que él con mucha agudeza reconoció que entre 1791 y 1804, un ideal revolucionario entró en el Nuevo Mundo, que el Caribe se había convertido en uno las fronteras explosivas de la modernidad iluminada. Como nos lo recuerda vividamente James en *The Black Jacobins*, la revolución haitiana llevaría la revolución más allá de lo que se pensó original-

mente, a su conclusión radical. “La Reacción triunfó” en París, señala James, pero en Saint Domingue...

(Los esclavos) habían oído de la revolución y la habían recreado a su propia imagen: los esclavos blancos en Francia se habían alzado y matado a sus amos, y ahora disfrutaban los frutos de la tierra. En realidad esto era en nada exacto, pero ellos habían comprendido el meollo del asunto. Libertad Igualdad Fraternidad (James, 1963: 81).

A pesar de la visión de James de que estos primeros “caribeños”, que no eran los habitantes originales de la región sino los esclavos rebeldes de Saint Domingue, habían dado con “el meollo de la cuestión” y que la revolución haitiana era un nodo en una historia global interactiva, seguimos viéndola como un momento excepcional en una simple narrativa fundacional heroica de la resistencia anticolonial. El radicalismo universalista de la revolución haitiana pasó desapercibido para una metrópolis que se había retirado de un proyecto emancipatorio radical y continuado con sus aventuras coloniales en el siglo XIX. “El meollo de la cuestión” asimismo se perdió para el resto de la región que había preferido ignorar la alianza entre la Francia revolucionaria y sus colonias en 1794. Los sueños del comienzo del apocalipsis o la solidaridad del sufrimiento racial inevitablemente llevaron a que los contornos cosmopolitas, universales, del pasado caribeño se hicieran ideológicamente inaccesibles.

Me atrevería a decir que debido a que cuestionó de forma tal los prejuicios de la época, porque fue un fenómeno inconcebible, la revolución haitiana ha sido conspicuamente relegada a los márgenes de la historia moderna o simplificada en una inspiradora narrativa romántica de la resistencia de los esclavos negros. Haití fue la segunda nación en liberarse de sus colonizadores europeos, pero los haitianos del siglo XIX perspicazmente sabían que, a diferencia de los Estados Unidos, ellos estaban en el proceso de crear una nueva identidad, que su revolución buscaba una transformación total del orden económico y social

establecido a través de la esclavitud en las plantaciones. Cuando estos primeros “caribeños”, para usar la formulación de James, cambiaron sus arados por espadas, no escogieron un modelo retornista, un regreso a las raíces culturales, sino que estos *africanos del Nuevo Mundo* imaginaron un mundo moldeado por las realidades tanto del comercio atlántico como de la identidad hemisférica. Acaso ¿el primer líder de Haití, Jean Jacques Dessalines, no se autoproclamó emperador al estilo de su antiguo enemigo Napoleón y también cambió el nombre de la colonia más rica de Francia, Saint Domingue, por el nombre taíno de Haití? Al declarar el primero de enero de 1804 “he vengado a América”, Dessalines colocaba firmemente al Haití postcolonial en la realidad del Nuevo Mundo que se remontaba a los habitantes precolombinos originales de La Española. Al anticiparse siglo y medio a la idea de Fanon del revolucionario consciente, Dessalines llamó *haitianos* a los habitantes del nuevo estado y declaró que todos eran negros, incluso el contingente polaco que se reveló contra los franceses y luchó junto a sus tropas.

Sin embargo, si Saint Domingue era una colonia basada en la esclavitud de los negros en las plantaciones, era porque la población indígena ya no existía. Un lazo irrompible se había establecido con Europa y Occidente que trajo los horrores de la explotación humana así como la herencia del pensamiento radical de la Ilustración. La revolución haitiana se convierte así, principalmente, en la primera y más dramática manifestación de los ideales de los derechos humanos —más allá de raza, nación o género— en el mundo moderno. La revolución francesa se dio por la justicia social. La revolución en Estados Unidos buscaba acabar con un gobierno colonial. Ninguna de las dos se planteó en serio acabar con la esclavitud. Aunque tendemos a enfatizar la victoria de 1804 y la derrota del ejército más poderoso de Europa para la época, no debemos olvidar que en los primeros años de la revolución, antes de que Napoleón llegara al poder en Francia, los esclavos pelearon por la libertad aliados con la autoridad revolucionaria francesa, logrando así derrotar a los colonialistas de Saint Domingue que se resistían a los cambios revolucionarios. Por un tiempo la cultura de la esclavitud de

plantación fue revertida mientras exesclavos y republicanos estuvieron aliados por la misma lucha. No describió Toussaint Louverture en una carta a su aliado, el general Laveaux, en 1795, la derrota de las fuerzas colonialistas y realistas así:

 Mi victoria has sido la más rotunda, y si el célebre Dessources tiene tanta suerte como para regresar a St Marc, lo hará sin cañón, sin pertrechos, en pocas palabras: sin tambor ni trompeta. Lo ha perdido todo, hasta el honor, si es que los viles realistas son capaces de tener algo de este. Él recordará esta lección republicana que le he enseñado (Louverture, 1999: 41).

 Por supuesto, la llegada de Napoleón cambiaría todo esto. Luego de que Toussaint fuese enviado a prisión en 1803, el proyecto de transformar al Saint Domingue colonial y derrotar el poder de la plantocracia se convirtió en una guerra de independencia. La celebración del Bicentenario se enfoca invariablemente en el último año de la revolución, la declaración de independencia y borra casi por completo la transformación revolucionaria del Saint Domingue colonial anterior al deseo de Napoleón de acabar con la revuelta negra en el Caribe. La posibilidad de una relación transatlántica postcolonial entre la Francia republicana y una cultura no europea que se estaba formando a finales del siglo XVIII, se perdió en un ajuste de cuentas radical cuando Dessalines se empeñó en dar de lo que recibió. Irónicamente el estado Francés se convertiría a la postre en el garante de los valores universales al servicio de la expansión colonial en el resto del mundo y confinaría a Haití a los márgenes de la historia y a doscientos años de soledad.

 No es de sorprendernos, pues, que la presencia simbólica de Haití en la imaginación del Caribe nunca haya sido entendida en los términos de un universalismo radical. Más bien, la región proyecta en Haití imágenes compensatorias de venganza radical, heroísmo sin igual o soberbia equivocada. Por ejemplo, el martiniqueño Aime Césaire en su poema *Cahier d'un retour au pays natal*, escrito casi en la misma época que el libro de

James *Black Jacobins*, reduce el impacto de la revolución haitiana a la figura exiliada y aislada del encarcelamiento de Toussaint Louverture en un Fort de Joux cubierto de nieve en medio de las montañas Jura.

Qué es mío
Un hombre solo encarcelado en la blancura
Un hombre solo que desafía los blancos gritos de la muerte
blanca
(Toussaint, Toussaint Louverture)
un hombre solo que fascina al blanco halcón de la muerte
blanca
un hombre solo en el infértil mar de la arena blanca
(Césaire, 1995: 91)

Inevitablemente, el poeta se hace luego la pregunta predecible de si esta encarnación de sangre ultrajada y humillación racial podrá ser vengada algún día : “¿estallará el esplendor de esta sangre?” Haití es invariablemente el espacio estático de la agonía racial en la literatura del Caribe. Quizás el más caribeño de los escritores del Caribe hispano, el novelista cubano Alejo Carpentier recurre a imágenes de negritud pura y de ritos religiosos míticos para evocar a Haití en *El reino de este mundo*. Toussaint nunca es mencionado en esta novela del Haití revolucionario, en la que una Francia decadente se enfrenta a un vigoroso y primitivista Haití. Evocando la pesadilla de la historia, otros ven la revolución haitiana en términos de una soberbia fatal, el suspiro de la historia sobre las ruinas de la megalomanía negra (Walcott, 1970:14). En la visión de V. S. Naipaul, Haití no es más que un ejemplo del atavismo racial en el “pasado sin historia” del Caribe. La elección parece estar entre el triunfalismo reduccionista por una parte y el escepticismo reduccionista, por la otra, cuando se trata de Haití.

Si hubiese que nombrar una sola razón, la guerra de independencia de Haití se libró en nombre de un ideal universalista que sobrepasa la apropiación del estado francés del republicanismo jacobino, el cual irónicamente justificaba la “mission civilisatrice” de Francia en el nombre

de los valores universales franceses. El rumbo tomado por el universalismo francés en los departamentos franceses de ultramar en el Caribe, proyectó a los franceses como los garantes del universalismo revolucionario y enfatizó su generosidad al ofrecer derechos universales a sus agradecidos súbditos de Guadalupe, Martinica y Guyana. La idea de un imperialismo francés como el único garante de los valores universales y de Victor Schoelcher como su encarnación máxima es lo que Fanon llamó el gran espejismo del discurso colonialista francés. Es precisamente este falso universalismo o la apropiación etnocéntrica de Francia de lo universal lo que Fanon, tal vez el único universalista revolucionario, desarma en *Peau noire, masques blancs*.

Sin embargo, como nos recuerda constantemente James en *Black Jacobins*, el universalismo revolucionario en St. Domingue no estaba vinculado con la diferencia cultural e histórica, sino que estaba concebido para una aplicación radical de los derechos humanos universales. El universalismo francés no podría ser mayor más que el universalismo haitiano. Susan Buck-Morss en su reciente artículo “Hegel y Haití” continúa la idea de James al asegurar que

Los jacobinos de Saint Domingue sobrepasaron a la metrópolis al realizar de forma activa el ideal ilustrado de la libertad del hombre, lo que pareciera una prueba de que la revolución francesa no fue un simple fenómeno europeo, sino histórico-mundial en cuanto a sus implicaciones. Si nos hemos acostumbrado a diferentes narrativas que colocan los eventos coloniales en los márgenes de la historia europea, hemos estado terriblemente mal orientados. Los eventos de Saint Domingue fueron centrales para los intentos contemporáneos de dar sentido a la realidad de la revolución francesa y sus repercusiones... La revolución haitiana fue el crisol, la prueba de fuego de los ideales de la Ilustración francesa (Buck-Mors, 2000: 835-6).

Si “los eventos coloniales” debieran sustituirse por los “márgenes

de la historia europea” como ella recomienda, entonces la revolución haitiana se convierte en un proyecto emancipatorio dentro de un mundo colonial globalizado donde las ideas circulaban libremente y podían echar raíces en los sitios más inesperados. No se esperó nunca que las posibilidades libertarias de la Ilustración llegaran a ser aplicadas en la sociedad de plantación caribeña. Las interacciones globales en un mundo en modernización significaron, sin embargo, que la periferia podía entonces convertirse en el sitio de una aplicación concreta y radical, la “prueba de fuego”, de las ideas del centro, que una revolución local europea pudiera ser “histórico-mundial” en sus implicaciones.

Por lo tanto me gustaría ver la revolución haitiana como un momento fundacional del pensamiento universalista moderno y como un punto de partida para las sociedades caribeñas postcoloniales que privilegió la interacción global y trascendió los modelos etnocéntricos de nación, raza e identidad. En cuanto a esto, Michel Rolph tiene razón en llamarla “la revolución política más radical de ese tiempo” ya que simboliza la posibilidad de entender los derechos humanos más allá de la raza, el territorio y el género, así como la naturaleza impredecible de la modernidad globalizante que hizo completamente insostenible el sistema colonial.

Podría ser necesario repensar el modo en que interpretamos el pensamiento haitiano a la luz de los ideales de la revolución. Por ejemplo, el defensor más importante del internacionalismo moderno haitiano en el siglo XIX es Antenor Firmin. Ningún otro intelectual pareciera tan capaz de continuar con el universalismo de la guerra de independencia de Haití. Uno podría argumentar que Firmin quería aprovechar las posibilidades emancipadoras utópicas que habían sido desencadenadas en 1804 por las impredecibles interconexiones globales de la expansión europea moderna. Su monumental obra *De l'égalité des races humaines* (1885) fue escrita como reacción contra la teoría de la diferencia biológica y la perfectibilidad racial que habían sido propuestas por Joseph-Arthur de Gobineau. Ante el limitado concepto de Gobineau de la determinación nacional y racial de la capacidad humana que era evaluado con una sola escala jerárquica, Firmin invoca un universalismo

no esencialista que rechazaba la creencia de que las diferencias culturales pueden explicarse por cualidades genéticas innatas. Firmin era completamente consciente de lo que una teoría de la diferencia racial significaría para Haití y de hasta qué punto la sobrevivencia de Haití dependía de políticas militantes internacionalistas y anticoloniales. Es una posición universalista radical lo que lleva a Firmin a un profundo escepticismo en cuanto a la cuestión de la diferencia telúrica y la política de identidad nacionalista en Haití (Firmin, 1986). Consciente como estaba de la naturaleza histórica mundial del experimento haitiano, Firmin intuyó que una nueva modernidad hibridizante estaba convirtiendo en obsoleta la idea de la diferencia racial absoluta.

No obstante, algunos quieren ver en Firmin a un simple precursor de la biologización de la identidad racial que se extendió por todos los movimientos de negritud e indigenistas en las décadas de 1920 y 1930. De igual forma, el que privilegiemos a una novela de sangre y tierra como *Gouverneurs de la rosée* deja el regusto de un deseo persistente de modelar a Haití en términos de una política cultural de redención racial. ¿No podría uno argumentar persuasivamente que una de las obras de imaginación haitiana más importante es *L'espace d'un cillement*, en la que ambos protagonistas son cubanos y que se ambienta en La Frontière, en las afueras de Puerto Príncipe, donde la pertenencia a la tierra se rinde ante identidades proletarias derivadas del olor de los trabajadores desplazados por todo el Caribe y Centro América. La aceleración y proliferación de la mezcla racial y cultural que Firmin vio como el destino del Haití moderno, está seguramente mejor representada en el musical y sexualmente interactivo "Bar Sensation" de Alexis que en el aislamiento pastoril del Fonds Rouge de Roumain.

Hay varias formas de celebrar el pasado revolucionario de Haití. Se podría explotarlo cínicamente, como muchos lo han hecho dentro y fuera de Haití, convirtiendo el bicentenario en una farsa trágica. También podríamos, de algún modo, tratar de ver más allá del presente, volviendo a los ideales de aquellos que C. L. R. James llamó "los primeros caribeños". Haití es monumento y origen del Caribe y del hemisfe-

rio y pudiera decirse que Toussaint es el único héroe regional. El que Napoleón ordenara el encarcelamiento de Toussaint en el frío, húmedo y oscuro Fort de Joux debería enterrar y borrar todo lo que significaba el universalismo revolucionario haitiano. Pero este encarcelamiento fatal irónicamente sólo sirvió para demostrar la distancia entre las pretensiones de los ideales de la Ilustración y las prácticas posrevolucionarias del estado francés. El encarcelamiento, el exilio y la muerte de Toussaint fueron un anticipo del destino que esperaba al mismo Napoleón.

Ya que empezamos con teatro, me gustaría concluir con una imagen de Toussaint que encontramos en esa obra tan inusual de Édouard Glissant, *Monsieur Toussaint*. La obra está ambientada en las montañas Jura, el Caribe revolucionario reambientado en Europa. Contrariamente a las expectativas de Napoleón, la celda de Toussaint no es el espacio del exilio y encarcelamiento. No es un espacio estático ni confinado, sino el escenario de los eventos de la revolución haitiana, y coloca a Toussaint en un diálogo constante con todas sus figuras más importantes, tanto vivas como muertas. En respuesta a la invitación que los muertos Macaia, Mackandal y Boukman le hacen para regresar a África y al descanso eterno: *Ven. Descenderemos los senderos desconocidos para los vivos. El rebelde Macaia llama a Toussaint... Ven, no andes por el lado equivocado del camino de la vida*. Toussaint declara: *Dejadme. Me dedicaré a mi obra una vez más. Cruzaré los mares en la otra dirección* (Glissant, 1981: 41). Al decidir ir al oeste, hacia la agitación eterna de sus raíces revolucionarias, Toussaint da un nuevo significado al cruce del Atlántico. Al hacer esto, le da a los cimarrones Boukman y Mackandal la nueva dimensión de la modernidad negra. Cuando muere al final de la obra, torturado por el frío que lo hiela, Toussaint declara: *Me estoy quemando*, aludiendo a la fuerza explosiva de la revolución en Saint Domingue que yace bajo la contrarrevolución invernal de Napoleón. El urge a todo Saint Domingue a “arar las montañas”, no para escapar a un mundo de negación heroica sino para dar sentido revolucionario moderno a los actos de los primeros cimarrones.

Para Glissant, la celda desterritorializada de Toussaint debe ser

vista como una isla en el archipiélago del Nuevo Mundo que conecta el Atlántico caribeño con los comienzos del hemisferio, ciertamente una visión profética de su pasado revolucionario. Esta 'isla', un lugar común caribeño por excelencia, luego de doscientos años de soledad, no debería estar en cuarentena, o servir como escenario para ser cínicamente explotada por políticos oportunistas, sino ser liberada de la cárcel de la narrativa imperial. Sería útil recordar que la revolución haitiana no es el único legado de un país llamado Haití ni que se limita a la fecha de 1804, sino que en realidad es "histórica mundial" en sus implicaciones. Los revolucionarios de Saint Domingue fueron de verdad los *primeros caribeños* y nosotros en la región del Caribe somos igualmente, todos, haitianos.

New York, 2004

REFERENCIAS

- Buck-Mors, Susan (2000): "Hegel and Haiti". *Critical Inquiry* (Chicago) (26) summer.
- Carpentier, Alejo (1971). *Explosion in a Cathedral*. Harmondsworth: Penguin.
- Césaire, Aimé (1995). *Notebook of a return to the native land*, New Castle: Bloodaxe.
- Firmin, Antenor (1986). *Lettres de St Thomas*. Puerto Príncipe, Ed. Fardin.
- _____ (2000). *The Equality of the Human Races*. Nueva York: Garland.
- Glissant, Édouard (1981). *Monsieur Toussaint*. Washington: Three Continents.
- James, C.L.R. (1963). *The Black Jacobins*. Nueva York: Vintage
- Louverture, Toussaint (1999) : "Letter to Laveaux" En: *Libetel* Charles Arthur and Michael Dash (eds.)- Londres, Latin American Bureau.
- Walcott, Derek (1970): "What the Twilight Says", En: *Dream on Monkey Mountain*, Nueva York: Noonday Press.